





ESTA NUESTRA DEMOCRACIA

El Salvador acaba de vivir unas elecciones más: el 20 de febrero para Presidente y Vice-Presidente de la República, el 12 de marzo para diputados y concejos municipales. Unas elecciones más, pero unas elecciones que dejarán una huella en la historia del país. Desgraciadamente, y contra lo que han afirmado algunos comentaristas, no hemos dado bajo ciertos aspectos, ningún ejemplo al mundo. Al menos, el mundo no parece haberlo percibido así. Véase, si no, como una simple muestra, el comentario que nuestras elecciones le merecen a una revista, cuya seriedad es mundialmente reconocida, *The Economist*, que nos dedica un tercio de página en su número del 26 de febrero bajo el título "Votos en la noche". "Las protestas de "fraude" —dice el corresponsal— son corrientes en las elecciones latinoamericanas. Pero en ésta, parece algo más que una simple coincidencia el que la posición del gobierno sólo comenzara a mejorar en el momento en que se dejaron de anunciar los resultados por la radio y la televisión" (Pg. 42).

Hay una serie de consecuencias que, independientemente del juicio moral que nos merezcan las elecciones, se imponen a todo analista imparcial.

En primer lugar, el pueblo salvadoreño quiere el cambio: un cambio serio y profundo. La propaganda de todos los partidos ha hecho hincapié en ello, pero muy especialmente la propaganda del PCN y de la UNO, que han acumulado la gran mayoría de votos. Pero, en segundo lugar, un gran porcentaje de salvadoreños quiere un cambio radical, como el prometido por la UNO; el número

de votos reunidos por esta coalición no deja ninguna duda al respecto. Ahora bien, es muy significativo que la mayoría de estos votos provengan de las ciudades (San Salvador, Santa Ana, etc.) y de las cabeceras departamentales, es decir, de aquellos sectores de la población que tiene más acceso a la cultura.

En tercer lugar, el pueblo salvadoreño se ha pronunciado claramente en contra del liberalismo capitalista, como lo prueba el exiguo número de votos recibidos por el PPS. Este pronunciamiento, en estricta lógica, no sólo atañe a este partido, sino también a quienes, de una manera u otra, mantengan en la práctica, los mismos principios ideológicos. Mantener ahora, las tradicionales estructuras del liberalismo capitalista en El Salvador, sería hacerlo en contra de la manifiesta voluntad de su pueblo.

En cuarto lugar, las elecciones muestran que ningún partido puede llamarse absolutamente mayoritario y que, a la hora de gobernar, no puede olvidarse a las minorías que, de hecho, no son minorías. Esto es importante si de verdad se cree en el valor de la democracia.

Estas cuatro conclusiones se nos imponen independientemente del juicio que nos merezcan las elecciones. Es evidente que un abismo ha separado la votación del 20 de febrero de la del 12 de marzo. En la primera, hubo un ambiente de fiesta, de alegría; en la segunda, de desengaño, de tensión, de agresividad. Los "comentarios" que, según las referencias de las propias juntas receptoras, llevaban gran número de papeletas confirman esta diferencia de clima. Por otro lado, el número de votantes disminuyó notablemente, así como el interés por los resultados. Pero lo que sobre todo cambió fue la claridad del proceso electoral mismo. En frase popular —y el pueblo no se suele equivocar en estas cosas— el proceso fue "muy turbio".

El hecho es que el pueblo salvadoreño sí dio una lección de civismo; no así los responsables de que estas elecciones cumplieran su función democrática. En uno de nuestros últimos editoriales, y refiriéndonos al Consejo Central de Elecciones, decíamos con respecto a las acusaciones de fraude: "Preferimos conceder a las autoridades correspondientes el beneficio de la confianza". Desdichadamente, ya no podemos afirmar lo mismo. Lo menos que podemos decir sobre su actuación, es que ha sido deplorablemente parcial. Nos es imposible dictaminar con pruebas, sobre la veracidad o falsedad de los datos que nos proporcionaron; pero,

en cualquier caso, su manera de proceder merece un claro voto de censura. En esto, han sido unánimes tanto el FUDI como el PPS y la UNO. De la Asamblea Legislativa cabe también señalar que, a la hora de tomar una decisión tan trascendental como es la de elegir un Presidente de la República, procedió sin la debida serenidad, detenimiento y decoro.

El Salvador ha quedado con un mal sabor de boca. Hay incluso quien afirma que se ha perdido una ocasión preciosa para que el pueblo confíe y se una a sus gobernantes. En todo caso, nos preocupa el futuro. Al próximo Gobierno le espera una papeleta difícil, muy difícil. Ni su ascenso al poder es un ascenso claro, ni cuenta con un abierto respaldo popular. El partido oficial, ha prometido cosas, como todo partido político en época eleccionaria, pero poco ha concretado, fuera de algunos proyectos locales de pequeña trascendencia nacional. Como pueblo salvadoreño, y en calidad de universitarios, no podemos sino pedir que se expliciten de una manera clara y concreta, los programas prometidos, sobre asuntos en verdad trascendentales: salud, vivienda, empleo y Reforma Agraria.

Ojalá el Coronel Molina cumpla con su promesa de gobernar cara al pueblo. Ello le obliga, ante todo, a tomar conciencia de que gran parte del pueblo salvadoreño está frustrado y desesperanzado. De él dependerá en gran manera que esta desesperanza se troque en esperanza. Y esto sí que es un verdadero reto. Nuestro deseo más sincero es que triunfe en este difícil cometido.